

## La descolonización intelectual

### Sartre y Camus ante el problema argelino

Vicente López Clemente  
*Universidad Complutense de Madrid*

#### Introducción

El París intelectual se agita al son de los acontecimientos del escenario internacional de los años 50 del siglo XX, contexto que anima a debatir y posicionarse, la confrontación de bloques y la descolonización son los temas estrella: Indochina, la URSS después de Stalin, Argelia, Cuba, España y la inestable IV República francesa junto a otros muchos. Jean Paul Sartre, el inquieto y mordaz escritor y filósofo participará en muchas de estas batallas como mejor sabía, haciendo uso de su pluma e influencia, aunque también estaría en la calle protestando o repartiendo octavillas junto a jóvenes universitarios, e incluso actuando junto a otros colegas extranjeros a nivel internacional, presidiendo por ejemplo, a petición del filósofo inglés Bertrand Russel el tribunal que lleva su nombre, para en los años 60 Juzgar los desmanes de EEUU en Vietnam. Esta actitud de participación casi frenética, propia de Sartre sigue un código de acción que emana de su propia obra filosófica, y que se convertirá en todo un ejemplo para muchos en la familia sartreana (que incluía desde Simone de Beauvoir, núcleo de la misma junto a Sartre, hasta estudiantes y otros pensadores como André Gorz, que luego rompería con el existencialismo) y fuera, de lo que significa ser un intelectual. Por su parte, Albert Camus, nunca sería un personaje apático o apolítico como se ha dado en airear, ya que tampoco dejará de lado sus actividades políticas, que comenzarían en la resistencia frente a los nazis y utilizará igualmente su pluma para denunciar el totalitarismo soviético (Hungría 1956), ante el cual una parte de la izquierda permanecerá en silencio o lo rechazará en pos de la emancipación socialista y la revolución, la protección de los exiliados españoles y la denuncia de la existencia aun de un régimen fascista en Europa (el de Franco) o la defensa de la existencia del estado de Israel. Las actitudes de ambos intelectuales con el paso del tiempo serán muy diferentes en relación al debate político y la vida pública francesa, especialmente la parisina, en la que uno aparecerá como un referente a la izquierda y de la que el otro renegará, por considerarla cainita y falsa, a pesar de que partieran desde dos situaciones, en lo que al compromiso político se refiere, diametralmente opuestas.

La crisis argelina y la descolonización, en un contexto más amplio, son buenos fenómenos políticos a través de los cuales mostrar cómo, la influencia e importancia de las biografías y las filosofías de Sartre y Camus son centrales en su toma de posición política, ya que Argelia fue para la Francia de la inmediata posguerra el mayor terremoto político desde el colaboracionismo y a la altura, echando más atrás la vista, del *affaire Dreyfus*, es así que la crisis argelina amenazaba incluso con acabar en guerra civil. La descolonización será entonces un fenómeno histórico y político que comenzará a ser pensado e interpretado por la élite intelectual francesa, y que, especialmente en la izquierda, tendrá adhesiones inmediatas. Pero en este sentido estamos de acuerdo con Sartre en que todos los ciudadanos de la metrópoli son responsables de la situación colonial al no denunciarla en masa y permitirla pasivamente y también con Camus en que desde París se hablaba muy a menudo, con demasiada ligereza y furor sobre Argelia, sin apenas conocer su realidad social, compleja y llena de matices, sin tener en cuenta que las palabras, aquí en Europa tan gratuitas, pueden tener consecuencias terribles allí, en Argelia.

## Un contexto

### Entre Sartre y Camus, algo pasa

1951 es el año del inicio de la ruptura entre los que otrora fueran amigos a raíz de la publicación de *El hombre rebelde* de Camus, ensayo en el que el escritor explica su filosofía en relación a la revolución, que concreta una ética de la acción muy concreta, unido a esto, tanto Sartre como Camus se posicionan en relación a la Guerra Fría, lo que también sería fuente de enfrentamiento. Es así que podemos situar estos dos asuntos, haciendo un esfuerzo de síntesis grande, pero sin faltar a la verdad, como los más importantes en el surgimiento de diferencias políticas y de pensamiento irreconciliables, que pondrían fin a su relación, que aunque bien es cierto, era amistosa, vista desde cerca y en perspectiva ya anunciaba no una ruptura pero si la emergencia en algún momento de sus vidas de diferencias fundamentales. Así lo anunciaría Simone de Beauvoir más tarde (R. Aronson, 2006: 163) e incluso lo prevería de alguna forma Camus hablando a un amigo de sus encuentros con Sartre: “Nuestras entrevistas son espaciadas pero cálidas. Sartre me parece el mayor y más persuasivo de los talentos, pero sus libros nunca han tenido la menor influencia en mí por la sencilla razón de que nuestros climas son incompatibles. Desde el punto de vista del arte, digamos que el cielo del Havre no es el de Argel. Desde el punto de vista de las ideas, Sartre se ha criado en la filosofía alemana, que conoce admirablemente, mientras que yo siempre he preferido Platón a Hegel” (O.Todd, 1997: 496). Sea dicho que Sartre sacaba a Camus ocho años y que el primero siempre trató como un igual a Camus, aunque este intentara siempre sentirse independiente, no quería verse fagocitado por el genio sartreano, nunca quiso formar parte de la órbita de Sartre ni verse emparentado con la “familia sartreana”.

En verdad ni Sartre ni Camus tienen mucho en común en lo que a carácter se refiere. Sartre se sabía un genio y llevaba esta cuestión con una pasmosa modestia, mientras Camus, inseguro de su talento en varias ocasiones anuncia que su pluma “se ha secado”, ácido y bastante complaciente con sus críticos, Sartre nunca interioriza ni se irrita como consecuencia de los ataques de estos, por el contrario Camus se siente rápidamente aislado e interioriza todas las críticas, rumiándolas y autoflagelándose. Aunque pudiera parecerlo, Sartre no actúa con complejo de superioridad hacia el mundo, mientras Camus suele ser tachado de moralista en sus posiciones filosóficas y políticas. Sartre es escritor prolífico y concienzudo, capaz de echar innumerables horas ininterrumpidas ante el escritorio danzando en un torbellino de palabras y conceptos, Camus se dice artesano de las palabras, “no tengo imaginación” llegó a decir, cada obra le cuesta un esfuerzo importante, especialmente a partir de los años 50 (y notablemente *El hombre rebelde*), es en suma un escritor metódico (Todd, 1997: 497). Camus se sentía más artista y Sartre más filósofo. Éste no se preocupa demasiado por los asuntos personales, es jovial y se reprocha poco a sí mismo, filosofía y vida todo es uno y no se atormenta por las batallas del París intelectual en el cual se siente un gigante, mientras Camus, que termina por odiar el París intelectual de después de la II Guerra Mundial, se siente abatido bastante a menudo a pesar de poseer un carácter vital y mediterráneo, es especialmente en las últimas décadas de su vida cuando se siente rodeado, acorralado y más solo (Todd, 1997: 498). Sartre no para, su actividad política es frenética, responde personalmente todas y cada una de las cartas que le llegan, mientras que a veces, Camus desea desconectar y delega en su secretaria “la cierva”, escribe: “me olvido del mundo y de los coreanos, y del prodigioso hastío de vivir en una época tan interesante” (Todd, 1997: 513). El alejamiento político y personal entre Camus y Sartre estaba, por decirlo de alguna forma, bien abonado desde hace tiempo. Debe decirse, que Jean Paul Sartre no se había lanzado a la arena de la política hasta 1946, aunque era ya fuera una figura muy relevante del panorama intelectual francés; aun no llegaba tan lejos como Albert Camus: miembro del Partido Comunista durante unos años, periodista y militante de la Resistencia en los años 40, dirigiría el diario clandestino *Combat* tras trabajar en *Paris Soir*. El Sartre de aquella época hablaba más que actuaba, aun estaba saliendo de su época “apolítica” como la llamaba Simone de Beauvoir (Aronson, 2006: 135). Sartre admira a Camus, un hombre completado, coherente y comprometido políticamente, Sartre lo toma como un referente político, junto a su amigo Paul Nizan, y no escatima en elogios para su obra: *El Extranjero*, *El mito de Sísifo*, *Calígula*...

Una disputa entre Albert Camus y Merleau-Ponty en 1946 en relación a un artículo crítico con el libro *Oscuridad a mediodía* del amigo de Camus, Arthus Koestler, lleva a Sartre a defender a Merleau-Ponty. Camus se enfada, es a través de los rudimentos sobre marxismo (profundamente parciales) de Koestler como Camus había llegado a la conclusión de que el marxismo se había

convertido en el mayor enemigo de la humanidad, cuestión falsa en todo punto, máxime cuando Camus (al igual que Sartre) no se habían preocupado aun en estudiar a fondo dicha teoría (Aronson, 2006: 97-99). Era evidente que Camus odiaba ya a los comunistas, incluso habiéndolos tenido durante tiempo en la resistencia, como camaradas; el escritor estaba moldeando su pensamiento político en aquella época, ello cristalizaría en una serie de artículos titulada *Ni víctimas ni verdugos* publicados en *Combat* y en algunos de ellos critica la noción de compromiso de Sartre. Más tarde el filósofo planearía contestar a través del guión de una película *L'engrenage* a Camus. Como ya se dijo Sartre defendería a Merleau-Ponty, y al PCF, que siguió los dictados de Moscú en relación a no combatir a los nazis hasta 1941 fecha en la que los alemanes atacan a los soviéticos e incluso intentaría ingresar en el PCF en 1941, atraído por el marxismo “como la luna conduce a las mareas”. Ahora comprendía por qué la gente se sentía seducida por el marxismo, era el sentimiento de pertenecer a algo más importante que ellos mismos a participar en algo que les superara temporalmente, pero fue rechazado por el partido, que difundía que Sartre era en realidad un agente alemán (Aronson, 2006: 108). A raíz de esto, Sartre observaría desde la distancia los acontecimientos, ello muestra hasta qué punto la actividad política de Sartre en los 40 era pequeña.

En el Argel de los años 30 era casi imposible ser un joven de izquierdas y no ser comunista, por aquel entonces, Camus dirigía una compañía teatral afín al partido, *El teatro del trabajo*, llegando a convertirse en una figura importante dentro del mismo, aunque terminaría por irse del partido acusado de Trotskista, acusación bastante común a la sazón. En la época de *Combat*, de la resistencia en París, año 1944 para ser más concisos, Camus era un ejemplo a seguir, entre otros para Sartre, era el intelectual y escritor combativo y de izquierdas, que además consideraba que la Resistencia no se había estado sacrificando durante años para que, una vez terminada la guerra volvieran al poder la misma clase corrupta y la misma república en descomposición, eliminando los privilegios del dinero; como rezaba el lema de *Combat*, Camus era partidario “De la Resistencia a la Revolución”. Pero esto no lo acercaba al marxismo, con el cual apenas había coqueteado tras su paso por el Partido Comunista, pero que no le impidió rechazarlo, buscando en la filosofía del absurdo una “vía francesa” más individualista, pero igualmente revolucionaria de acción política (Aronson, 2006: 109).

En aquella época el PCF había abandonado las tesis revolucionarias y mientras Camus abogaba por “lucha en la guerra y revolución” el PCF llamaba a sus filas a colaborar del esfuerzo nacional o aumentar la productividad, pretendiendo reavivar los tiempos del Frente Popular. A Camus le disgustaba el dogmatismo de los camaradas del PCF y tanto como a él a Sartre, que eran en aquella época blanco de las iras de estos, ya que se habían erigido en importantes y sugestivas figuras intelectuales y políticas independientes de izquierdas que el PCF no podía fagocitar. Tanto Sartre como Camus solían ser llamados existencialistas despectivamente, etiqueta de la que Camus renegaba y renegaría siempre y que en aquel entonces venía a significar en el imaginario colectivo, algo que Sartre reflejó muy bien en su célebre ensayo *El existencialismo es un humanismo*: “El reproche esencial que nos hacen, como se sabe, es que ponemos el acento en el lado malo de la vida humana. Una señora de la que me acaban de hablar, cuando por nerviosidad deja escapar una palabra vulgar, dice excusándose: creo que me estoy poniendo existencialista”. No debe pensarse, como consecuencia de estos ataques, a un Camus ya anticomunista o de un Sartre renegado en 1944, Camus seguía considerando camaradas a los comunistas y Sartre aseguraba su compromiso con la lucha de clases y su admiración la filosofía marxista pero de ningún modo comunista (Aronson, 2006: 113). A pesar de ello las críticas arreciaron, tratados de pequeñoburgueses e hipócritas anticomunistas en varios artículos, entre el que destaca uno de Henri Lefebvre, intelectual comunista que carga filosóficamente contra el existencialismo y otro de Pierre Hervé, de los dos el más ácido y contundente, especialmente dedicado a Camus, ambos publicados en el periódico *Action* en 1945 (Aronson, 2006: 115).

Es en este período en el que tanto Sartre como Camus comienzan suavemente a separarse, ya que sus actitudes frente a las críticas comunistas fueron muy diferentes. Mientras Sartre disfrutaba y crecía intelectualmente con la polémica, que se tornaba en un debate filosófico entre pensamientos diferentes, Camus se plegaba sobre sí mismo irritado. De tal forma que será especialmente Sartre el que acaparará los debates con los comunistas, ya notablemente tras su viaje a los EEUU y la aparición de *Les Temps Modernes* (Aronson, 2006: 117), por aquel entonces Sartre estaba construyendo su perspectiva política desde el existencialismo pero sin odio alguno hacia el

marxismo. Mientras tanto Camus pasa a un segundo plano, a pesar de que los ataques que recibía no eran ni mucho menos más suaves, en espacio de unos años Camus ya había abandonado el ardor transformador y revolucionario que antes se mentaba, las élites anteriores habían vuelto y el PCF lo consideraba un rival político, Camus reflexiona y llega a la conclusión de que no quiere justicia sin libertad, de que los comunistas no dialogan y que son incapaces de denunciar las injusticias en la URSS: “los marxistas no creen ni en la persuasión ni en el diálogo” (Aronson, 2006: 120). Las desavenencias de Camus parecen un “hasta nunca”, mientras que las de Sartre dejan vislumbrar un “hasta pronto” al marxismo. En noviembre de 1946 y 1951 el PCF consigue el 28 y el 26 por ciento en las elecciones legislativas, el rival político de Camus no era cualquier cosa, pero estaba ahora convencido de que el marxismo era una filosofía totalizadora que legitimaba el asesinato (ya se verá por qué), él rechazaba la violencia y trataba en aquellos años buscar su sitio político en la posguerra, que radicaría finalmente en una especie de izquierda reformadora fuera de las grandes corrientes de pensamiento. A diferencia de Sartre, él no contaba con una estructura filosófica poderosa y coherente en la que sostenerse, y considera que la moral es central al abordar estos temas, mientras Sartre tacha en una de sus obras de “nacionalismo conservador y defensivo” al comunismo soviético, lo que impide el diálogo de los escritores con el proletariado, no por ello desacreditando a Marx y sus tesis.

Camus rechazaba todo tipo de colaboración con los comunistas, a los que consideraba violentos y peligrosos; Sartre, que seguía manteniendo un diálogo intelectual con ellos, les atacaría por haberse convertido en un partido institucional y no revolucionario, y a su vez reprocharía a Camus que no viera la violencia capitalista en Vietnam, por ejemplo, o incluso en su propio país, igual que veía la comunista en la URSS. Aquí Sartre olvidaba que Camus fue uno de los primeros en denunciar las armas nucleares norteamericanas y en condenar las represalias contra los árabes en 1945 en Argelia, fruto del sistema de dominio colonial (Aronson, 2006: 131).

Para Sartre, que como se dijo había articulado una filosofía del compromiso y estaba ahora posicionándose políticamente, se vio muy influido y marcado por su viaje a EEUU en 1945, tras ver cuáles eran las condiciones de la clase obrera allí. Tras la publicación de *¿Qué es la literatura?* critica a Albert Camus por su rechazo de la violencia, ya que para él no se puede transformar un mundo violento y opresivo si no es con violencia, aunque esta se perpetúe, es así la violencia el único medio posible para acabar con ella misma (Aronson, 2006: 138). Como ya se dijo también ataca su doble rasero en relación a la violencia capitalista, por su parte Sartre no tiene problemas en denunciarla, por ejemplo en un encuentro con el célebre Koestler, en el que también estaría Camus, donde Sartre comentaba que a él le parece igualmente atroz la violencia soviética que el apartheid racial y la exterminación indígena de EEUU, también en esa reunión privada diría el húngaro a Sartre y Camus que no “podía haber amistad sin acuerdo político” (Beauvoir, 1992: 140). Hasta el momento las diferencias eran de actitud y matiz como diría de Beauvoir, nada insalvable; aun así siguen su pequeño tira y afloja, y el filósofo devolvía a Camus la crítica que en *Combat* había hecho a su filosofía del compromiso y a la defensa de la violencia por los intelectuales de izquierda, empezaba entonces un gran debate sobre la cuestión de la violencia en la izquierda francesa.

Sartre se inicia en política en aquel entonces, participa junto a Merleau-Ponty (su mentor en relación al marxismo) en varios programas radiofónicos en los que leen manifiestos que cargan tanto contra los gaullistas como a los comunistas (que a pesar de todo, Sartre reconoce que representan a la clase obrera francesa) (Aronson, 2006: 143), aunque Sartre sigue haciendo labores de acompañamiento, no es el miembro más activo y participa del grupo que escribe uno de los documentos leídos en las emisiones. Éste, apoyado por intelectuales y políticos de la izquierda que no son ni del *Section Française de l'Internationale Socialiste* (SFIO) ni del Partido Comunista, fue redactado en septiembre de 1947, firman figuras como Merleau-Ponty, Beauvoir, Breton etc., Camus también participa, y es más, resulta ser el autor del borrador que se discute en las reuniones del grupo. Por la lectura de este documento Sartre recibe amenazas de muerte y cartas varias, algo que nunca había experimentado, es su bautizo en política, paradójicamente leyendo un texto redactado por Camus, en el que desde el primer momento se condena y critica a EEUU (Aronson, 2006: 144).

Mientras tanto la situación en Francia se degrada rápidamente y la situación de miseria es generalizada, la ración de pan, por ejemplo, había pasado de 275 gramos en tiempos de la

ocupación a 200, en 1947 las huelgas se multiplican y son destituidos los ministros comunistas del gobierno de coalición (Aronson, 2006: 141). El Plan Marshall llega y con él todo tipo de medios para marginar a los partidos comunistas, mientras el PCF seguía encasillado en las tesis estalinistas. Entre tanto revuelo, nacía el *Ressementement Démocratique Révolutionnaire* (RDR), ilusionante propuesta que pretendía reconciliar de alguna forma a la sociedad francesa, negando la Guerra Fría y afirmando a Francia en el mundo, buscando la dignidad humana y la revolución social. Este movimiento estaba formado por ex miembros de la SFIO, cristianos de izquierdas, trotskistas o socialistas independientes. Sartre promocionó este proyecto y Camus “el ahora reformador radical” participó esporádicamente, todo se vino abajo cuando se supo que dos de los más importantes cabecillas del mismo, habían sido sobornados por la CIA; el filósofo terminó por dimitir de la dirección del partido (Aronson, 2006: 147). Sartre se sentirá profundamente tocado por la disolución y extrajo la conclusión de que este asunto era la muestra de una indudable victoria del realismo político, ya no le quedaba elección, el pequeño mundo de los intelectuales de izquierdas críticos con occidente y la URSS se esfumaba, había que elegir. Mientras Camus esbozaba ideas de corte idealista sobre una ciudadanía mundial, sobre una democracia global, seguía acusando a los comunistas y poco a poco se echaba en brazos de una tercera vía que ya no existía, desandaba el camino del Camus “de la resistencia”, mientras Sartre “maduraba” políticamente. Contrasta aquí cómo Sartre parte de un idealismo individualista que está superando y Camus desemboca en él en las postrimerías de los años 40, tras su militancia comunista y su defensa de la revolución social, ahora el escritor estaba preocupado por el gusto de los intelectuales por la violencia revolucionaria y su radicalismo.

Ninguno de los dos intelectuales para de crear; Camus trabajaba con ahínco en *El hombre rebelde* y la Guerra de Corea estalla, el escritor y el filósofo aún se tenían algo de aprecio y comentaban la situación, ya que en aquel momento se sospechaba que la URSS invadiría Francia y se produce un pequeño altercado entre ellos. Mientras tanto Sartre publica *El diablo y el buen dios* en 1951, obra que se hace eco de su evolución ideológica, que Simone de Beauvoir señala (1992: 242) contraponiendo a esta obra a *Las moscas* que data de 1943 o *Las manos sucias* de 1948. El protagonista de la obra de 1951, Gotz era “un hombre entre los hombres” que “acepta la disciplina sin rechazar su propia subjetividad. Es la perfecta encarnación del hombre de acción como Sartre lo habría concebido” (Beauvoir, 1992: 243), es el nuevo Sartre. Este ideal de hombre político acepta cualquier método para conseguir al objetivo del futuro pacífico; ética, historia y política son para él partes un todo, herramientas de un cambio radical, que es la única forma de conseguir un mundo verdaderamente moral. Tanto para Sartre como para Gotz es necesario uniese a algo que está en marcha, al torrente de la historia, abandonar la idea de que es crear una revista propia o crear un movimiento (el recuerdo del RDR estaba en la mente de Sartre), no, no, no, es necesario abandonar el individualismo y sumarse a la lucha de clases, subirse a la historia. Mientras, Camus se muestra profundamente antihistórico en sus planteamientos filosóficos, y critica aquellos filósofos (especialmente alemanes, concretamente Hegel y Marx) que consideran que en la historia existen fuerzas irresistibles determinadas que nos arrastran, porque son ellas las terminan conduciendo a la humanidad a la intolerancia y estrechez de miras propias del siglo XX (Todd, 1997: 551). Sartre y Camus siguen viéndose a veces en los ensayos de *El diablo y el buen dios* (en el que María Casares tenía un papel principal) y deciden que el capítulo dedicado a Nietzsche de *El hombre rebelde* de Camus se publicara en *Les Temps Modernes*, pero como se ha ido viendo sus pensamientos políticos y filosóficos se han distanciado mucho. A partir de ahí todo iría rápido.

Como se dijo la aparición de *El hombre rebelde* es clave, se hablará un poco más sobre las ideas y planteamientos filosóficos de esta obra publicada en 1951 más adelante, pero sí se dirá que estas serán uno de los motivos principales por los que Sartre se enfrenta por primera vez y directamente, con Camus y que mostrarían sus diferencias en relación al marxismo y el PCF. El escritor, con el ensayo recién publicado, se trata de cubrir las espaldas desde el principio diciendo que este ensayo es una “confidencia” y que en ningún momento pretendió jugar a ser filósofo (Todd, 1997: 548). El libro de Camus fue una bomba que cae contra el comunismo, basada en la idea de que éste era equivalente al asesinato, la derecha elogió en consecuencia el ensayo, pero no Raymond Aron, que había estudiado con detenimiento el corpus teórico del marxismo. Muchos trataron el ensayo filosófico como un escrito reaccionario (entre ellos Jean Grenier, amigo y mentor de Camus: “este escrito me recuerda a Maurras”), ya que estaba escrito contra la revolución,

especialmente aquella que tenía sus raíces en la historia, porque Camus decía que se debe vivir en el presente y en el mundo sensorial (Todd, 1997: 547), la filosofía germánica que apelaba a ella era oscura y conducía al deseo del absoluto, desembocando inevitablemente en la violencia más brutal. Se hacía evidente que Camus estaba desatando su odio hacia el comunismo (como bien se dijo alimentado por rudimentos sobre marxismo deficientes aportados por Koestler), condenando su violencia pero olvidando, de forma extraña asuntos como la guerra colonial de Vietnam o la violencia colonial en Argelia que en otro tiempo había sido de los primeros en denunciar. También parece que en algunas cuestiones el libro estuviera escrito a contrapelo de *El ser y la nada* al adentrarse en cuestiones de la existencia humana y a contrapelo de *¿Qué es la literatura?* al tratar asuntos sobre la creación artística. En cierta manera se puede especular sobre que ello sea cierto, a través las evidencias de las primeras notas que Camus toma para la redacción de la obra las hace mientras lee *El ser y la nada* y la menciona en varias ocasiones.

Sartre por su parte se va acercando cada vez más al PCF, tras 1951 en el que escribía *El diablo y el buen dios*, en 1952 escribe *Los comunistas y la paz* y se pronuncia enérgicamente contra el arresto de Jacques Duclos, líder del partido, tras el asunto de las palomas mensajeras al confiscar su coche tras las manifestaciones y revueltas a la llegada de un general norteamericano que venía a hacerse con los mandos de la OTAN. Sartre rinde homenaje entonces al ya fallecido Merleau-Ponty (que le había introducido al marxismo) tomando partido a favor de los Comunistas, haciendo campaña contra el consejo de guerra a Henry Martin por negarse a ir a la Guerra de Vietnam, a petición del PCF y declarando odio eterno a la burguesía (Aronson, 2006: 181). Sartre y Camus se distancian definitivamente, había que tomar posiciones en la Guerra Fría y no eran posibles más aplazamientos, en julio de 1952 Sartre se identifica con el comunismo y acepta la violencia del mismo, algo impensable para Camus (Beauvoir, 1992: 262). Justo unos meses antes, en abril, había aparecido la primera reseña de *Les Temps Modernes* sobre *El hombre rebelde* a cargo de Francis Jeanson, que provocaría todo un seísmo en París, ésta deja la obra por los suelos y a un Camus colérico que se dirige “al señor director” de *Les Temps Modernes*, el asunto sacará a la luz todas sus diferencias políticas y se zanjará con la sentencia de Sartre: “Mi querido Camus, nuestra amistad no era fácil pero la echaré de menos” (Todd, 1997: 567). Puede ser cuestionable dar demasiada importancia a la reseña, pero en ella salen a la luz muchas de las diferencias de opinión que Camus y Sartre evitaban poner de relieve claramente para preservar su amistad.

Jeanson en su reseña se pregunta cómo pudo hablar de Luis XVI lleno de conmisericordia y compararlo con Cristo “Ha de ser Luis XVI la primera víctima notable de esta aberración histórica, de esta marcha trágica y desmedida [...]. Así pues, de paso saludaremos ‘la dulzura, la perfección que este hombre, sin embargo, de sensibilidad media, aporta a sus últimos momentos’, serán opuestas a las ‘manos innobles del verdugo’, de quienes tuvo que sufrir esta ‘pasión’ tan semejante a la de Cristo que, finalmente será dicho sin dudar: ‘es un repugnante escándalo el haber presentado un gran momento de nuestra historia el asesinato público de un hombre débil y bueno’” (Jeanson, 1999: 16). Jeanson critica también el simplismo del argumento camusiano de que el marxismo conduce directamente al estalinismo o de que el concepto de revolución se vea reducido a “la divinización del hombre”; junto a ello la negación del papel de lo histórico en las revoluciones le parece aberrante y de derechas.

Camus no puede guardar silencio ante semejante ataque y el 30 de julio hace llegar *Les Temps Modernes* la respuesta, en tono arrogante y paternalista no se dirige directamente a Jeanson sino al “señor director”, Sartre. “Una cuestión, en apariencia secundaria, puede situarnos de inmediato en el camino de una interpretación. Se refiere a la acogida que, según parece, tuvo mi libro en la prensa de derecha. No se juzga la verdad de un pensamiento según se coloque a la derecha o a la izquierda, y aún menos de acuerdo a lo que la izquierda y derecha pueden hacer de él” (Camus, 1999: 49). Su libro había sido en efecto castigado también en la derecha (por Claude Mauriac) y también la ultraderecha y considera desmesurado utilizar textos canónicos de Marx y Hegel para atacar su ensayo que sólo pretendía hacer una humilde estudio del aspecto ideológico de las revoluciones, según él, en ningún momento había rechazado factores económicos e históricos en su análisis, “no soy ni tan tonto ni tan inculto para eso” (Camus, 1999: 57).

Sartre, triste a la vez que enfadado sí se dirige a Camus directamente: “Mi querido Camus: Nuestra amistad no era cosa fácil, pero he de lamentarla. Si usted la rompe hoy, es sin duda porque

debía quebrarse. Muchas cosas nos acercaban, pocas nos separaban.[...]. Desgraciadamente usted me ha puesto deliberadamente sobre el tapete y en un tono tan desagradable que no puedo guardar silencio ni volver la cara” (Sartre, 1999: 87-88). El filósofo le reprende con acidez “¿Dónde está Meursault, Camus? ¿Dónde está Sísifo? ¿Dónde están hoy estos trotskistas de corazón, que predicaban la revolución permanente? Sin duda asesinados o en el exilio”(Sartre, 1999: 89) no sólo a su obra sino también a su personalidad “Al hacernos el honor de participar usted en este número de *Les Temps Modernes*, se trae usted consigo un pedestal portátil” (Sartre, 1999: 90). Y finalmente a sus aspiraciones y orgullo “¿Y si estuviera usted equivocado? ¿Y si su libro fuera simplemente testimonio de su incompetencia filosófica? ¿Si estuviera hecho con conocimientos reunidos apresuradamente y de segunda mano?”(Sartre, 1999: 102).

### Algo sucede en Argelia

Paralelamente a las intrigas, dimes y diretes en el París intelectual y en la política francesa, la situación se deteriora. En Argelia habían desembarcado los franceses hacia 1830, que contaba por aquel entonces con una población de unos 3 millones de personas, de los cuales un tercio fueron exterminados durante el proceso de “colonización” del territorio, es evidente que Argelia no sería una colonia cualquiera, los europeos se deberían hacer con la mayoría. A finales de 1947 la población de Argelia era de 1 millón de europeos y 7,8 millones de argelinos, es decir, nativos (Rothermund, 2006: 178).

La situación en los años 40 y 50 era bastante precaria en Argelia, aunque ya hace mucho tiempo antes la organización *Étoile Nord-Africaine* había demandado la independencia para todo el norte africano aunque se sintieron ilusionados por las ideas del Frente Popular de Leon Blum que querían dar a los argelinos plenos derechos y la ciudadanía, la decepción fue tremenda cuando sólo 21.000 argelinos se vieron beneficiados por esta medida (Rothermund, 2006: 179). Ya en 1943 se lanza “El manifiesto argelino” que pediría formalmente la independencia de Argelia tras la guerra y en 1945 se producen enfrentamientos violentos en Argelia entre los europeos y los argelinos, mueren un centenar de europeos y varios centenares de argelinos, a raíz de ello aparecen la *Union Démocratique du Manifeste Algérien* (UDMA) y el *Mouvement pour le Triomphe des Libertés Démocratiques* (MTLD) que tendría una organización secreta armada. Ya en 1947 se propone dar a todos los argelinos el estatus de ciudadanos franceses de pleno derecho y unos representantes equiparables en número a los de los colonos europeos, esta medida no se llega a implantar y se retrasa, manipulándose las elecciones (Rothermund, 2006: 180). En 1954 nace el *Front de Libération Nationale* (FLN) y se disuelve el MTLD, poco a poco se van uniendo argelinos reformistas al FLN como Abass debido entre otras cosas a los poderes especiales que la Asamblea Nacional francesa había otorgado al Presidente. Tanto Mendés-France como Mitterrand (ministro de interior) actuaron con determinación, igual que haría después Guy Mollet<sup>1</sup> toda posibilidad de acuerdo se esfumaba cuando el gobernador de Argelia Robert Lacoste mantiene prisioneros a algunos militantes del FLN como Ben Bella tras interceptar un avión que se dirigía a una reunión en Túnez. La represión se hizo más intensa a partir del 56 (Francia mantenía allí unos 350.000 soldados) y aparecieron numerosas guerrillas rurales, mientras el FLN se centraba en las ciudades, estos eventos desembocaron en que en torno a 2 millones de argelinos fueran relocalizados y movidos a campos (Rothermund, 2006: 181). La guerra fue terrible y cruenta aunque los generales franceses la ganaron tácticamente en varias ocasiones, y las guerrillas del FLN se vieron seriamente diezmadas, políticamente el independentismo y el FLN salían reforzados, internacionalmente Francia estaba siendo desprestigiada, los generales tenían un poder increíble en 1958 mientras la IV República se hundía.

---

<sup>1</sup> Resulta curioso observar cómo Argelia siempre acababa siendo el asunto en el que no se hacía ni una concesión tras diversos desastres e política exterior, en el caso de Mendés-France, pacificador en Túnez y Vietnam se muestra intransigente en Argelia (mantenía buena relación con Albert Camus que lo tenía por el político más competente de la IV República) y en el caso de Guy Mollet, la desastrosa aventura en Suez junto a los británicos le hizo no dudar en aplicar mano dura en Argelia como contrapeso.

De Gaulle llega al poder en diciembre de 1958 y el septiembre del mismo año los nacionalistas argelinos habían formado el Gobierno Provisional de la República de Argelia (GPRA), De Gaulle les ofrece una “paz de los valientes” pero el GPRA la rechaza si no contempla la independencia de Argelia. Un tiempo más tarde, en septiembre de 1959 De Gaulle anuncia un referéndum sobre la autodeterminación de Argelia, al gobierno provisional argelino le parece bien aunque no contenía un calendario, pero el FLN no está seguro (Rothermund, 2006: 182). Finalmente el referéndum se celebra en 1961 con los colonos franceses en contra y con una parte del ejército verdaderamente descontenta, De Gaulle destituye al general Massu, decepcionado con De Gaulle, como otros muchos colonos, tras unas declaraciones controvertidas hechas en 1960, el ejército en Argelia que contaba con medio millón de hombres, prepara un golpe que es abortado finalmente por De Gaulle. Aparece poco después la *Organisation Armée Secrète* (OAS) formada por oficiales del ejército francés y otros colonos que llevan a cabo actos terroristas contra los independentistas y aquellos que los apoyaban, como fue Sartre. Ello no impide iniciar las largas negociaciones en Evian con el GPRA, que abarcan temas como el petróleo, el estatus de los colonos etc. Aunque pueda no parecerlo, tanto los argelinos como los franceses se encontraban profundamente divididos y De Gaulle metió prisa en la firma de los acuerdos por miedo a perder el control del ejército en Argelia, diferentes facciones del FLN presionan al GPRA pero finalmente en marzo de 1962 se firman los acuerdos de Evian y Francia reconocía a Argelia como un estado independiente (Rothermund, 2006: 183).

### Albert Camus y Argelia, un juego de equilibrios

Al recibir el Premio Nobel en 1957, Albert Camus tuvo que contestar la pregunta de un argelino presente en el auditorio de la Universidad de Estocolmo en la que dio una ponencia. Este argelino, musulmán, le reprochaba su falta de claridad en su posicionamiento acerca de la Guerra de Argelia, cuando paralelamente denunciaba abiertamente la dominación soviética sobre Europa del Este. En su respuesta, el escritor manifestaba su recelo acerca del posicionamiento abierto de los intelectuales, que a menudo empeoraba la situación en vez de mejorarla. Hizo referencia a su pasado periodístico, durante el cual defendió la inclusión de los árabes musulmanes en la vida política como condición sine qua non de un régimen democrático. Finalizó su intervención diciendo:

Desde hace un año y ocho meses permanezco callado, lo cual no significa que haya dejado de actuar. He sido y sigo siendo partidario de una Argelia justa, donde las dos poblaciones deben vivir en paz y en igualdad. [...] Me ha parecido que vale más esperar el momento propicio de unir en lugar de dividir. Puedo asegurarle que hoy tiene usted camaradas con vida gracias a actuaciones que usted desconoce. Soy así mis razones en público y lo hago con cierta repugnancia. Siempre he condenado el terror. Debo condenar también un terrorismo que se ejerce ciegamente, por ejemplo en las calles de Argel, y que un día puede golpear a mi madre o a mi familia. Creo en la justicia, pero defenderé a mi madre antes que a la justicia (Todd, 1997: 702).

El director de *Le Monde* diría, tras comprobar que Camus había pronunciado verdaderamente esas palabras: “sabía que terminaría diciendo bobadas”, la fórmula de la madre y la justicia daría mucho de sí en el París intelectual, por revelar al “colonizador de buena voluntad”, porque es una fórmula teatral, vacía de sentido etc. Incluso en un acto público como la recogida del Premio Nobel, Camus no aprovechó la ocasión para hacer una declaración política clara y contundente (Todd, 1997: 709). En su carta al abogado árabe de Ben Saddok pidió que su intervención en el juicio no se hiciera pública, dado que cualquier manifestación era susceptible de ser usada políticamente contra su país. Los recelos de Camus a un compromiso público con la causa argelina levantaron críticas entre el resto de sus contemporáneos puesto que no accedió a participar del *Comité d’Action des Intellectuels*. La cuestión de la violencia a favor de la justicia o la revolución ha sido una pieza clave de su obra literaria y filosófica. De la misma forma que el suicidio no es una salida para el sinsentido de la vida, el asesinato no es la solución a los problemas de la justicia. Por ello, Camus prefiere el silencio cuando la palabra insta a la violencia contra el otro.



Pero sí participa en marzo de 1957 en la sala Wargam en un acto a favor de los húngaros y responde a un crítico que decía que “su silencio político hacía mucho ruido”:

Comprenda que un hombre que, durante veinte años, ha defendido la misma causa, se calle hasta el día en que pueda hablar, cuando la frivolidad parisiense haya olvidado esta desdicha argelina como ha olvidado ya la desdicha húngara. Y pregúntese, por último, si ese mismo hombre, el monte en que vive la tragedia argelina en sus carnes, con todos los suyos expuestos en ese país, merece que usted se permita hablarse como lo ha hecho. (Todd, 1997: 679)

A pesar del incómodo silencio de Camus, éste no dejaba de actuar como ya dijo en Estocolmo, Guy Mollet había propuesto a Camus participar en una comisión de salvaguarda de las libertades que examinara el problema de las torturas en Argelia, el escritor rechaza porque duda de las garantías de independencia y el poder que esta tendría. También acude al terreno y escribe en *L'Express* hasta que entra en franco enfrentamiento con el periódico por la cuestión argelina. Camus va a Argelia para intentar poner en marcha una solución que permita vivir juntos a árabes y franceses “de cualquier modo”, lanzando la iniciativa de la Tregua Civil, se reúne con diferentes facciones en Argel para parar la guerra entre FLN y guerrillas con el ejército, pero en general todas moderadas, el objetivo de Camus es muy concreto: los beligerantes habrán de respetar a los civiles y prisioneros, a todo aquel que no estuviera armado, se organiza un encuentro que pretende ser multitudinario en Argel (bajo invitación), están pendientes las reacciones del FLN y otros colonos a la propuesta (Todd, 1997: 627). El día de este encuentro, celebrado finalmente en el Círculo del Progreso, un observador comenta:

público de intelectuales, pequeñoburgueses y burgueses, poco obrero, las masas musulmanas vacilan, ningún rabino; fuera del recinto se escucha ¡Mendés a la horca! ¡Muerte a Camus! Apelación generalizada a los sectores árabe y francés moderados, mientras Camus lee su discurso se escuchan piedras que se lanzan contra los cristales, éste se apresura y finaliza: “hombres libres que se niegan al mismo tiempo a ejercer y a sufrir el terror, de nuevo ni verdugos ni víctimas (Todd, 1997: 630).

Todo acaba en un malentendido, nadie termina de subirse al carro, ni federación, ni pacto ni tregua, igual que pasaría en la Guerra Fría, había que elegir, los bandos se homogeneizan, la decepción es muy grande.

Como se desprende del evento del Círculo del Progreso en Argel, Camus también había reflexionado en términos prácticos sobre una suerte de autonomía a la “helvética” para Argelia, que acabara con el régimen colonial y que garantizara las libertades a los dos pueblos en un marco federal. Camus estaba en la apoteosis de su prestigio internacional, pero en Francia era una personalidad controvertida cada vez vista con más recelo, como un reaccionario por parte importante de la izquierda que Camus llama despectivamente “la izquierda hembra”, frívola “comprendería mejor a un musulmán del FLN que a un profesor de París” (Todd, 1997: 622). De hecho tiende a defender a los  *pied noir* frente a las investidas de estos “profesores”, diciendo que no tienen mala conciencia, que ven las cosas con simpleza (olvidando el racismo de estos) afirma que “leyendo determinada prensa, parecería realmente que Argelia está poblada por un millón de colonos con corbata y puro, montados en un Cadillac” (Todd, 1997: 618). Hay que tener en cuenta varias cuestiones para entender bien esta posición, la primera fue que Camus intentó de todas las formas posibles proponer medidas intermedias para la resolución del conflicto de Argelia: una suerte de tímida federación, el cese inmediato de las acciones violentas tanto del ejército francés como del FLN y en definitiva acabar con el enfrentamiento violento que estaba teniendo lugar en su tierra natal, Argelia, a la que se sentía ligado emocionalmente<sup>2</sup>. También ha de considerarse que, aunque no se posicione junto a los partidarios de la independencia, tampoco defiende el colonialismo como lo demuestran escritos recogidos en *Actuelles III: Chroniques Algériennes 1939-1958* que abarcan artículos desde antes del conflicto en Argelia hasta el punto álgido de su intransigencia con el FLN. Igualmente debe rechazarse la idea de Camus era un ideólogo de la derecha, o que

<sup>2</sup> Entiéndase que esta Argelia no es la República del FLN, sino la Argelia francesa, en la que se formó y que tanto le influyó tanto en su literatura, en su carácter y en su toma de partido en relación a la política.

serviera de soporte a la misma de forma voluntaria, máxime cuando luchó contra la ocupación alemana, estuvo afiliado al Partido Comunista, en otro tiempo revolucionario y defensor de los árabes argelinos, también escribió numerosos artículos comprometidos en su revista *Combat*; otra cosa es que Camus fuera incómodo para algunos e irritante para otros. Ello se debe, y también es un factor a tener en cuenta, a su enfrentamiento personal con Sartre, estandarte de la izquierda francesa de la época y militante anticolonial convencido de la época. *El hombre rebelde* será una de las obras más criticadas de Camus y en ella expone muy bien lo que su silencio quería decir y que se enfrenta directamente al activismo de Sartre:

¿Qué es un hombre rebelde? Un hombre que dice no. Pero negar no es renunciar: es también un hombre que dice sí desde su primer movimiento. [...] El rebelde (es decir, el que se vuelve o revuelve contra algo) da media vuelta. Marchaba bajo el látigo del amo y he aquí que hace frente. Opone lo que es preferible a lo que no lo es.” (Camus, 1978: 17-18).

La última cuestión en relación a Camus y su actitud respecto al proceso de independencia, tiene que ver con que su noción de responsabilidad y su filosofía, concentrada en sus ensayos y novelas, muy parecida a la de Sartre en sus inicios, pero que se distancian finalmente para cristalizar en dos nociones de libertad y responsabilidad diferentes. Por su parte Camus considera que la responsabilidad tiene que ver con las consecuencias que se derivan de las acciones, por lo tanto se ha de ser sumamente prudente cuando se toma partido, siendo así preferible el silencio:

Callarse es dejar creer que no se juzga ni se desea nada y, que en ciertos casos es no desear nada en efecto. La desesperación, como lo absurdo, juzga y desea todo en general y nada en particular. El silencio la traduce bien. Pero desde el momento en que hala, aunque diga que no, desea y juzga” (Camus, 1978: 18).

Es de esta forma para Camus, el silencio, una neutralidad, un no juzgar. Mientras de otra parte, Sartre consideraba que la consecuencia que se debería desprender de la responsabilidad es la toma de partido y el compromiso, hablar y manifestarse, porque el silencio implica connivencia y puesto que no se desea la continuación del conflicto, hay que actuar. El Camus de los últimos años es el del polémico ensayo antes mencionado: “No hay por qué resignarse o creer en una historia que tendría que ser justa. Lo que importa es la lucha por la justicia (la rebeldía). Y desde esta perspectiva la represión francesa no tiene ninguna justificación, como tampoco la tiene la violencia de los métodos del FLN” (Todd, 1997: 623)

Benjamin Stora, historiador argelino diría una frase que podría resumir muy bien la posición de Camus en relación a la guerra y a Argelia: “Camus estaba de acuerdo con el autogobierno, pero no con la independencia”, su silencio y posterior ambigüedad fue una mezcla de contradicciones emocionales y de consideraciones filosófico políticas en relación al compromiso, la responsabilidad y a la lucha contra sus sentimientos, contra su propia biografía.

### **Jean Paul Sartre, un occidental baluarte del tercer mundo**

Jean Paul Sartre fue uno de los personajes públicos más activos de Francia en aquella época. Buena parte de su actividad estaba basada en su concepción extrema de la libertad, de acuerdo a la cual siempre somos libres, nuestra conducta no está determinada por una “naturaleza” o una “esencia”, por tanto no existen limitaciones en la conformación del propio ser, cada uno es lo que hace de sí mismo, siendo por tanto responsables de ello, de lo que se deviene. De ahí la famosa afirmación de Sartre “no somos libres de dejar de ser libres”, y en el caso del colonialismo, somos igualmente libres de comprometernos o no en ayudar a los pueblos oprimidos, pero no cabe duda de que somos responsables de la situación. Además hay que tener en cuenta que las condiciones de explotación y la deshumanización de los colonizados son vistas por Sartre desde una óptica marxista (aun sin declararse comunista), presente en su pensamiento y filosofía. De tal forma que Sartre quiere dar un cariz activo y comunal a su filosofía existencialista, eminentemente individualista en sus inicios, pero matizada por la influencia del marxismo y la idea compromiso.

Sartre será uno de los intelectuales más combativos en la denuncia de la explotación colonial, erigiéndose en el portavoz europeo del tercer mundo y deviniendo una figura internacionalmente conocida y reconocida, así realizaría muchos viajes: India, Cuba, etc. Sartre participa en el *Comité d'action des intellectuels contre la poursuite de la guerre d'Algérie* al igual que apoya activamente movimientos independentistas: en Túnez, al *Néo-Destour* y en Marruecos, a *l'Istiqlal* (participando incluso en un congreso de dicho partido) a pesar de su carácter burgués (Ganjon, 1991: 133). También da entrevistas a revistas y periódicos de la zona y prologa *Les damnés de la terre* de Frantz Fanon obra central en la inspiración de muchos movimientos de liberación.

Desde la activa y activista revista *Les Temps modernes*, referencia intelectual de la izquierda, plataforma de denuncia y de publicación de los escritos de Sartre y de otros intelectuales; fundada en 1945, tuvo en sus orígenes a célebres pensadores como Raymond Aron (que la abandona en 1946), Simone de Beauvoir o Maurice Merleau-Ponty y Sartre (Camus rechaza participar) entre sus articulistas. Esta revista fue uno de los altavoces más reconocibles y prestigiosos del anticolonialismo en la Francia de los 50 y 60 junto a *L'Express*, en *Les Temps modernes* se trataban además diversos asuntos de la política, filosofía y cultura de la época a través de monográficos, convirtiéndose en un puntal importante de cara a influir en la opinión pública y de denunciar la situación que vivían en Argelia aquellos que no eran colonos europeos. En esta revista Sartre escribe diversos artículos contra el colonialismo, siendo el más célebre *Le colonialisme est un système* junto a *Vous êtes formidables* en los que insiste en las torturas y la actitud cínica del francés medio, apelando a la responsabilidad colectiva<sup>3</sup> (Mathieu, 2004). Sartre intenta además hacer oír su voz más allá de las fronteras francesas, así, en junio de 1955 en la Asamblea Mundial de la Paz celebrada en Helsinki, anuncia en un ardoroso discurso que la era del colonialismo ha acabado y exige al gobierno francés ceder a las reivindicaciones de los marroquíes, tunecinos y argelinos (Granjon, 1991: 132). Por ello Sartre, simpatizante comunista, ve con estupor cómo en 1956 el Partido Comunista Francés (PCF) vota a favor de dar poderes especiales a Guy Mollet (primer ministro francés) para atajar la situación en Argelia, y se lamenta de que el partido no haya hecho un llamamiento general a la insumisión y no combata el racismo existente en la clase obrera francesa. Es así que Sartre dice dirigirse en sus escritos y en sus conferencias a “las masas” y no a los responsables políticos, para ello considera la capacidad de movilización del PCF y su acercamiento a las juventudes del mismo como una buena estrategia movilizadora. Aunque por ello no reniegue de la acción junto a otros colegas intelectuales, así firmó en 1960 el “Manifiesto de los 121”, “Declaración sobre el derecho a la insumisión en la guerra de Argelia” firmado por una gran diversidad de artistas, profesores, escritores o científicos; desde Marguerite Duras a André Breton junto a muchos otros.

Como ya se comentó, Sartre era una personalidad conocida por la opinión pública francesa, síntoma de su influencia fue que, mientras que antes de ascender su estrella, acostumbraba escribir y leer en el Café Flore y solía departir con sus compañeros y amigos en otros muchos cafés. Su posterior renombre y notoriedad le hicieron ver que aquella situación no era viable, porque demasiada gente le abordaba diariamente y él detestaba eso, estableciéndose finalmente en un apartamento (el de su madre) en la Rue Bonaparte, donde trabajaba con comodidad alejado del bullicio. Debido a esa importancia mediática, su apartamento fue también objeto continuo de miradas e incluso atentados. Debido a su radical oposición a la continuación de la existencia de la

---

<sup>3</sup>“El colonialismo [...] es nuestra vergüenza, se burla de nuestras leyes o las caricaturiza; nos infecta de su racismo [...] obliga a los jóvenes a morir a pesar suyo, por los principios nazis que hace diez años combatíamos; trata de defenderse suscitando un fascismo incluso entre nosotros, en Francia. Nuestro papel es ayudarlo a morir. No sólo en Argelia sino en todos los lugares donde existe. [...] La única cosa que podríamos y deberíamos intentar (que es esencial hoy en día) es luchar junto a ellos, para librar a la vez a los argelinos y a los franceses de la tiranía colonial” (Sartre, 1965:36). El discurso de Sartre en relación al colonialismo intenta establecer una analogía en relación a los alemanes y las barbaridades hechas por su gobierno y los franceses y el sistema colonial. En otro de sus escritos célebres *Vous êtes formidables* lo deja claro: “Falso candor, huida, mala fe, soledad, mutismo, complicidad negada y, a la vez, aceptada, es eso lo que llamamos en 1945 responsabilidad colectiva. En aquella época, no era necesario que la población alemana pretendiese haber ignorado los campos. “¡Vamos! (decíamos) ¡Lo sabían todo!” Teníamos razón, lo sabían todo, y sólo en el día de hoy podemos comprenderlo: porque también nosotros sabemos todo. [...] ¿Osaremos condenarlos todavía?” (Sartre, 1965:49)

Argelia francesa, y al sistema colonial en abstracto, un grupo reaccionario de colonos/militares argelinos (la OAS) partidaria de la continuación de la guerra frente al FLN y del dominio francés de Argelia, conocida por sus ataques a árabes y colonos pro-independencia en Argelia, atenta dos veces (1961 y 1962) contra su apartamento de la Rue Bonaparte. Entre los objetivos de la OAS se encontraba el mismísimo Charles de Gaulle, lo cual hace evidente el estatus de Sartre. En relación al militar, éste llegó a decir, en relación a muchas de las veces que Sartre fue detenido por acciones subversivas como apoyar publicaciones prohibidas, saltarse la censura o alentar a la movilización reivindicativa dijo: “on n’emprisonne pas Voltaire” (Ganjon, 1991: 135). Todo ello nos da una idea de la talla de la figura de Sartre en la izquierda y en la vida pública francesa como intelectual y voz respetada.

Jean Paul Sartre no sólo se involucró activamente en la defensa de una Argelia independiente a través de sus escritos, sino que también lo hará a través de numerosas apariciones públicas. Tales son los casos de los “encuentros por la paz en Argelia” que tuvieron lugar en 1960 y 1961 (éste último en Roma) y las múltiples conferencias que dio, en las que explicaba el porqué de las violaciones de los derechos humanos en Argelia (de una de ellas surgiría su famoso “el colonialismo es un sistema”). También asistirá a manifestaciones, como la “manifestación silenciosa” de noviembre de 1961 y a la de febrero de 1963. Pero él era ante todo escritor, y a través de su pluma y su verbo fue como más se comprometió en la lucha contra el colonialismo y la cruenta represión francesa en Argelia. Por ello entraremos a analizar brevemente qué decía Sartre en sus escritos.

Ya se han nombrado con anterioridad algunos de los principales artículos que Sartre publica en *L'Express* y en *Les Temps Modernes*. Aquel que vertebraba sus ideas acerca del colonialismo fue *El colonialismo es un sistema*, en él articula una amplia reflexión que pone en liza los orígenes del colonialismo y su entramado, que Sartre entiende como un todo, un engranaje que funciona como el mecanismo de un reloj pero que en el caso argelino termina por destruirse a sí mismo. En este artículo él trata cuestiones como la economía, la religión, la educación, todas ellas funcionando siempre de acuerdo a una lógica histórica y política de naturaleza antidemocrática. Primero rechazaba el principio de que existan buenos y malos colonos, y se niega a considerar la cuestión colonial como un asunto meramente económico “¿de qué sirve votar si uno se muere de hambre?” comenta irónicamente, a lo que a la vez responde con una frase del FLN: “aun siendo dichosos bajo las bayonetas francesas nos batiremos”, a lo que Sartre añade: “bajo las bayonetas francesas solo se puede ser desgraciado” (Sartre, 1965: 21). Denunciaba la colonización a la “romana” que se estaba llevando a cabo en Argelia y al capitalismo como un factor esencial del sistema colonial que fabricaba a los ‘indígenas’ por un doble movimiento, separándolos de la colectividad arcaica y dándoles o conservándoles en la soledad del individualismo liberal; dividiendo los cultivos, otrora colectivos, en pequeñas parcelas lo cual siembra a largo plazo el enfrentamiento. De esta forma se convierte a los colonos europeos y su descendencia en los reyezuelos del lugar, ya que detentan el poder político y pueden expropiar a los árabes sin mayor problema. A pesar de esto, es evidente para Sartre que los colonos siempre necesitarán de la potencia militar de la metrópoli para mantener a raya a las masas árabes (mayoritarias) y perpetuar la situación de dominio, esta potencia militar es la de una Francia que se dice democrática, esto a Sartre le repugna.

En otro de sus ensayos, *Vous êtes formidables*, Sartre se dirige sin anestesia al francés medio: “Nuestras conciencias no han sido turbadas y sin embargo están turbadas. Nuestros dirigentes lo saben bien; y así es como nos quieren: lo que quieren obtener mediante sus cuidados atentos y sus consideraciones tan publicadas, es bajo el color de una falsa ignorancia, nuestra complicidad.” (Sartre, 1965: 45). A pesar de que todo el mundo ha oído hablar de las torturas, y muchos testigos las han denunciado, la información se pierde en “el espesor social” y en las diversas excusas que se ponen para no indagar más. Sartre reflexiona, desde la piel misma de un francés que debe juzgar lo que hace su gobierno, y evidencia el porqué de la pasividad del francés, atacando directamente a su sentimiento de culpabilidad y a la connivencia a las torturas llevadas a cabo por el ejército de su país. Tiene el francés, para Sartre, miedo de su propio rostro y no va más allá en intentar averiguar qué pasa, se siente culpable porque está confuso “¿Y si fuese cierto?” (los rumores de las torturas). “No es bueno, compatriotas, ustedes que conocen todos los crímenes cometidos en nuestro nombre, [...] que no digan a nadie una sola palabra, ni siquiera a su propia

alma, por miedo a tener que juzgarse a sí mismos. Al principio, ustedes ignoraban, quiero creerlo, luego dudaron y ahora saben, pero siguen callados.”(Sartre, 1999: 24).

Para terminar, el prólogo a *Les damnés de la terre* es otro de los pilares de la visión de Sartre sobre el colonialismo, y sirvió de inspiración y legitimación para movimientos de liberación a lo largo y ancho del mundo no europeo. Sartre señala en el prólogo, dirigido a los europeos, que Europa se ha afanado en convertir al occidentalismo a las élites indígenas, que en muchos casos abandonaron después los procesos de independencia, a pesar de que Fanon avisara a sus colegas del tercer mundo de que aún están demasiado “occidentalizados”: “Europa ha fomentado las divisiones, las oposiciones, ha forjado clases y racismo, ha intentado por todos los medios provocar y aumentar la estratificación de las sociedades colonizadas. [...] para luchar contra nosotros, la antigua colonia debe luchar contra sí misma” (Sartre, 1999: 10). En el prólogo se deja claro que la emancipación de los indígenas se puede retardar, pero que esta es inexorable, y el colono, para intentar retrasar esta independencia sólo puede recurrir a la violencia. Cuestión la de la violencia, muy debatida y también importante en el prólogo de Sartre, porque “la violencia colonial no se propone sólo como finalidad mantener la actitud respetuosa a los hombres sometidos, trata de deshumanizarlos. Nada será ahorrado para liquidar sus tradiciones, para sustituir sus lenguas por las nuestras, para destruir su cultura [...]” (Sartre, 1999: 13). La deshumanización es el resultado de la violencia del sistema colonial y de la hipocresía del humanismo liberal europeo, matriz de este modelo de explotación. Pero esa violencia, utilizada en revancha, posee un efecto purificador al ejercerse por parte de los indígenas para liberarse:

Cuando los campesinos reciben los fusiles, los viejos mitos palidecen, las prohibiciones desaparecen una por una; el arma de un combatiente es su humanidad porque, en los primeros momentos de la rebelión hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido, quedan un hombre muerto y un hombre libre; el superviviente. (Sartre, 1999:18).

Hay por último una cuestión que llama la atención en todos los escritos políticos de Sartre y que resulta esencial para el presente estudio, esto es la interpelación continua al lector, al francés, al europeo. Sartre, quiere sacar a relucir las contradicciones existentes en el sistema colonial (recordemos que para él, la labor del intelectual es sacar a la luz las contradicciones de la sociedad en la que vive), y hacer sentir culpable al ciudadano de la metrópoli por todo lo que en las colonias sucede, porque es responsable al callarse (de ahí su agrio enfrentamiento con Camus) y este ciudadano, que después de tomar conciencia, lucha activamente por poner fin a semejante barbarie, verá nacer un nuevo estado de cosas en Europa y en el mundo. Por fin podrá vivir este ciudadano en un estado democrático en el que la contradicción de subyugar a masas enteras de poblaciones sin dotarles de derechos y las libertades de las que el disfruta, no huelan a hipocresía; esto es descolonizar también las sociedades metropolitanas: “Lo único que podríamos y deberíamos intentar el luchar al lado del pueblo argelino para liberar a un tiempo a los argelinos y a los franceses de la tiranía colonial” (Todd, 1997: 647).

## El legado

Muchas incógnitas quedan por resolver del asunto de la relación Camus-Sartre, pero no cabe duda de que en el período álgido de la crisis argelina será dónde se observen con mayor claridad a los “hombres” completos, cumpliendo al final la máxima de Sartre: “vida, filosofía e historia todo es lo mismo”, es allí donde se demuestra que Sartre puede imbricar su ética del compromiso existencialista con el marxismo, y aplicarlo a una realidad concreta, que fue la del colonialismo; pero no sin haber operado en él antes un cambio fruto de la experiencia personal de la historia de la Francia de los años 40 y 50. Algo similar sucedió en Camus, que primero experimenta con mayor intensidad el “vivir en la historia”, su filosofía se iría desarrollando a la par, culminando en *El hombre rebelde* que vería su aplicación más clara en la defensa de la convivencia en Argelia, aunque poco realista, de árabes y colonos franceses, rechazando la violencia, viniera de donde viniera.

Es más, insistir en este aspecto de mezcla de filosofía, biografía e historia es constatar una constante en el entorno tanto de Camus como de Sartre y su obra. Por ejemplo, en la obra de Simone de Beauvoir *Los mandarines* los personajes principales son personificaciones, apenas disimuladas de Camus y Sartre (Todd, 1997: 602), el Sartre post-individualista se retrata en *El diablo y el buen dios* y Camus en *La Caída*. Una de las obras más deliciosas, nunca publicadas pero más interesante a desde el punto de vista psicológico y literario es una parodia que Camus escribe tanto de él como de Sartre, llamada *L'Impromptu des philosophes* cuyos personajes principales son M. Vigne (Camus) era el alcalde y farmacéutico del pueblo y M. Néant (Sartre) era un vendedor ambulante de nuevas doctrinas, el segundo vive del primero que se deja engañar estúpidamente (Aronson, 2006: 319).

## Bibliografía

- Aronson, R.: *Camus y Sartre*, Granada y Valencia: Universidad de Granada y Universidad de Valencia, 2006.
- Camus, A.: *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Lodoso, 1978.
- De Beauvoir, S.: *After the War: Force of Circumstance: 1944-1952*. : Nueva York: Parangon house, 1992.
- Granjon, M.C.: “Raymond Aron, Jean-Paul Sartre et le conflit algérien” en Rioux, J.P. y Sirinelli, J.F. (Ed.) *La Guerre d'Algerie et les intellectuels français*. Paris, Editions Complexe, 1991.
- Jeanson, F., *et al.*: “La polémica Sartre-Camus” en *elaleph.com* [en línea] 1999 <[www.uruguaypiensa.org.uy/andocasociado.aspx?200,699](http://www.uruguaypiensa.org.uy/andocasociado.aspx?200,699)> [Consultado el 5 de agosto de 2014].
- Mathieu, A.; “Jean-Paul Sartre et la guerre d'Algérie.” en *Le Monde Diplomatique*[en línea] Noviembre 2004 <<http://www.monde-diplomatique.fr/2004/11/MATHIEU/11678>> [Consultado el 19 de mayo de 2014)
- Rothermund, D.: *The Routledge Companion to Decolonization*. Nueva York: Routledge, 2006.
- Sartre, J.P.: *Colonialismo y neocolonialismo. Situations V*. Buenos Aires: Losada, 1965.
- Sartre, J.P.: “Prólogo”, en Fanon, F.: *Los condenados de la tierra*. Tafalla: Txalaparta, 1999.
- Todd, O.: *Albert Camus. Una vida*. Barcelona: Tusquets, 1997.